

Los dos soberanos, por virtud de un tratado firmado en Granada en 11 de noviembre de 1500, se repartían el reino de Nápoles. ¿A quién incumbe la responsabilidad de esta política? Se ha pensado, no sin razón, que al lado de Luis XII existía un partido numeroso formado por gentes que habían conservado algunos intereses en aquel reino: dominios dados por Carlos VIII y perdidos después de la derrota, empleos fructuosos, créditos á percibir. El monarca francés, más que á sus impulsos personales, obedeció tal vez á las sugerencias de aquel partido, y el cardenal de Amboise, como de costumbre, fué el instrumento dócil y activo de sus voluntades.

En junio de 1501, el ejército francés abandonó el Milanesado, avanzando en un orden de batalla regular é imponente: iban á la vanguardia los infantes, la artillería y los bagajes; seguían luego los hombres de armas montados y armados «con la lanza sobre el muslo y el yelmo en la cabeza.» «Así pasaron por la ciudad de Roma al son de trompetas y clarines y de los grandes tambores de los suizos.» Los jefes seguían aplicando el sistema de terror que Luis XII había inaugurado en su campaña del Milanesado, pudiendo citarse como ejemplo de ello el hecho de haber sido ahorcados con sus capitanes todos los soldados del castillo de Marigliano que se habían visto en la necesidad de rendirse «á voluntad de los capitanes franceses.» Únicamente se salvó el jefe de la guarnición porque su esposa, «maravillosamente bella,» «imploró tan dulcemente al señor de Mauleón y le complació de tal modo que obtuvo gracia para su marido, el cual pudo entonces vanagloriarse de lo que muchos callan.»

El rey de Nápoles, Federico, contaba con Fernando, que efectivamente le había prometido su apoyo; pero éste, en vez de ayudarlo, lo que hizo fué enviar un ejército que se apoderara de la Pulla. Así es que cuando los franceses, después de haber tomado Capua, se presentaron delante de Nápoles, Federico les abandonó la plaza, á condición de que podría retirarse á la isla de Ischia y de que se le concederían seis meses de tregua para enviar embajadores á Luis XII y negociar con él. Pero á todo esto, llegaba el ejército de mar dirigido contra los turcos, y Ravenstein, que lo mandaba y que tenía plenos poderes del rey contra los otomanos y sus «adherentes,» se detuvo delante de Nápoles en el momento preciso para impedir que la capitulación fuese ratificada y el rey Federico fué enviado á Francia. Allí fué, sin embargo, como soberano casi tanto como en calidad de prisionero, recibiendo el Anjou en compensación de Nápoles y desempeñando hasta su muerte, acaecida en 1506, un papel político de cierta importancia, según se demuestra por la intervención que tuvo en muchas negociaciones entre Francia, España y Felipe el Hermoso.

El gobierno superior del reino napolitano fué confiado al joven duque de Nemours, con la misión de «regir, conducir y gobernar» el ejército, de recibir la sumisión de las plazas y de «oir á toda clase de embajadas.» Pero la liquidación de la conquista ofreció muchas más dificultades que la conquista misma, habiendo sido imposible entenderse con los españoles respecto de las condiciones efectivas del reparto y pasándose largos meses en tentativas inútiles y poco sinceras de transacción,

durante las cuales españoles y franceses vivían en aquel país los unos al lado de los otros.

No eran más claras la situación ni las combinaciones en Italia: en apariencia, la cuestión para Francia era la alianza con el papa y con Venecia; pero, en realidad, Venecia y el papa inspiraban cada día mayor desconfianza y todo estaba supeditado á las aspiraciones de Amboise al pontificado. Asegurábase, debía ser allá por el año 1501, que el rey de los Romanos y los de Francia y España estrechamente unidos iban á destituir al papa, á quien reemplazarían con el cardenal, y hasta se citaban las condiciones que á éste le habían sido impuestas; pero todo ello no era obstáculo para que Alejandro VI y César prosiguieran sus manejos. César quería apoderarse de Polonia, amenazaba á Francia y entraba en relaciones con Pisa: todos los que se sentían en peligro ó aspiraban á la paz confiaban en la llegada de Luis XII, quien en julio de 1502 decidióse á pasar á Italia, en compañía del cardenal de Amboise, que nunca se separaba de él, «á fin de poder, en caso de necesidad, hablar con él y comunicarle sus asuntos.» Cuando el rey llegó á sus dominios de Asti, recibió embajadas de casi toda la península: los enviados de Venecia, con un despacho que lleva esta nota: *cito, citissimo, celerissime* (1) (14 de julio de 1502), exponían su creencia de que los franceses «tenían ahora al papa por adversario;» mas no era así, pues César Borgia hizo actos humildes de sumisión que el rey aceptó. La verdad es que Jorge de Amboise contaba con César para que le ayudara á llegar al papado, al cual aspiraba desde hacía mucho tiempo, y que la muerte de Alejandro VI estaba ya descontada en 1502.

En medio de las negociaciones, comenzó poco á poco en el territorio de Nápoles el estado de guerra entre los dos ejércitos conquistadores (2), estado que en un principio se manifestó por violencias individuales, por pequeñas acometidas de un partido contra el otro: los franceses desbalijando á los españoles ó siendo por ellos desbalijados. De pronto los españoles quisieron, en 1502, apoderarse de Troia, en la Pulla, tentativa que señaló el comienzo de las hostilidades reales. En aquella lucha iban á combatir los más heroicos hidalgos de Francia; unos, célebres ya como La Palisse, Luis de Ars, Ibo de Alegre; otros, que empezaban su reputación, como «un tal Pedro Bayardo,» ó que han quedado oscurecidos por aquellos famosos nombres, como Pedro de Poquieres, de Urfé, etc.

La guerra propiamente dicha se hace todavía algo á la manera que en los siglos XIV y XV, no ofreciendo más que sitios de ciudades y algunas batallas sin consecuencias, hasta el momento en que cerca de Garigliano se desarrollan los acontecimientos decisivos; y parece realizarse sin un plan metódico, así por parte de Gonzalo, que combate al frente de los españoles, como por la del conde de Nemours, general en jefe del ejército francés. Cada comandante de un pequeño destacamento obra á menudo aisladamente, con absoluta independencia; el interés verdadero está en los episodios.

Por un momento las operaciones se concentraron alrededor de Barletta, en donde estaba Gonzalo encerra-

(1) Pronto, muy pronto, lo más pronto posible.

(2) Véase principalmente Juan d'Autón, *Chroniques*, tomos I, II y III, y las notas de De Maulde.

do y en muy crítica situación, alternando con atrevidas empresas intentadas por los franceses ó por los españoles, con ataques de pequeñas plazas, duelos, desafíos, es decir, con todo el aparato heroico y con todas las aventuras de la guerra caballeresca. Luis de Ars ocupaba, con un centenar de hombres á lo sumo, la ciudad de Bisceglia; pero el castillo situado en el interior de ésta hallábase en poder de los españoles. Luis lo atacó y fué rechazado hasta las puertas de la población; allí se detuvo y á «fuerza de brazos guardó la salida,» sosteniendo la carga durante seis horas. Bayardo, acampado á algu-

esas habilidades de que muy pocos saben valerse» y que suponía, en efecto, una fuerza y una destreza extraordinarias. Cuando los españoles se precipitaban sobre ellos, apartábanse á un lado y cogiendo de paso la lanza de uno de los asaltantes se la quitaban con un golpe brusco y la entregaban á los franceses desmontados, armándoles de este modo nuevamente. Los españoles acabaron por replegarse en un rincón de la liza renunciando á cargar contra sus adversarios, los cuales, puestos á otro lado «amontonados todos y cada cual empuñando la lanza, les presentaban combate.» Habiendo sido reco-

le prentx Cheualier Bayard



Retrato de Bayardo á caballo, según un grabado de 1527

nas leguas de distancia, supo el peligro que aquél corría y «sin mirar quién le seguía, con tres de sus hombres montados y armados echó á correr y en seguida fué tras él Luis de Saint-Bonnet con treinta hombres de armas y cuarenta arqueros, corriendo todos á escape.» Llegaron á tiempo, siguiéronles otros, Luis fué salvado, el «castillo» escalado y muertos todos los españoles.

En febrero de 1503, el señor de Urfé envió un cartel de desafío á los españoles, quienes se declararon dispuestos á combatir en número de once contra otros tantos franceses. La Palisse escogió inmediatamente á sus mejores hombres de armas: de Urfé, Bayardo, de Poquieres, La Riviere, Guiffrey, Du Fail, Saint-Bonnet, La Chesnaye, Clermont, Mondragón y Bouvent. Aquel suceso causó gran emoción en toda la comarca y, según se dice, más de 10.000 personas acudieron á las murallas de Trani para presenciar el espectáculo. Los españoles se dedicaron primeramente á conservar sus lanzas intactas y á matar los caballos de los franceses; éstos, por el contrario, apuntaban á los cuerpos de sus adversarios y rompieron sus armas sobre las corazas de éstos, por lo que hubo un momento en que estuvieron en peligro. Afortunadamente continuaban montados y armados Bayardo y de Urfé, quienes ejecutaron «una de

nocidas como iguales ambas fuerzas, convinieron en salir del campo «ni vencidos ni vencedores,» y antes de abandonar la liza se abrazaron todos, partiendo luego en fila perfectamente igual para que hasta el fin quedara demostrada la igualdad absoluta de ambos campos. En aquella larga y ardiente lucha sólo dos combatientes habían recibido heridas graves.

Bayardo tuvo una aventura más dramática todavía. Un español, Alonso de Sotomayor, que había caído en manos de un capitán gascón y había sido, según parece, muy duramente tratado durante su cautiverio, acusó á Bayardo de haber sido en parte cómplice de aquellos malos tratos, echóle en cara, en presencia de testigos, «su mala voluntad, su cobardía y su vicioso efecto» y le desafió cuerpo á cuerpo. Ante la respuesta de Bayardo «el español arrojó el guante, que recogió el francés.» El pundonor no impedía que cada cual buscara sus ventajas, así es que Sotomayor logró que se le considerara como demandado, con lo cual tenía el derecho de elegir el modo de combate, y exigió, siendo como era tenido Bayardo por el más fuerte jinete de su tiempo, que la lucha fuese á pie, armados los contendientes de todas las piezas, con estoque y puñal y á cara descubierta. «En buena lid no me importa ser demandado ó deman-

dante,» había dicho Bayardo. No se trataba de un combate del cual salían los caballeros extenuados, molidos, pero generalmente intactos después de haberse roto las lanzas en mil pedazos sobre las corazas, sino que los dos adversarios iban á luchar cuerpo á cuerpo, hombre á hombre; además, la cláusula de la cara descubierta había de hacer la lucha mortal. Soñomayor fué herido, en efecto, en el cuello y en el rostro, y para obedecer al uso por el que sólo se consideraba vencido al combatiente que abandonaba la liza, Bayardo cogió á su enemigo por las piernas y «con gran trabajo, á consecuencia del cansancio y de su mal estado, lo arrastró fuera.»

Todas aquellas hazañas, sin embargo, de poco servían, porque Nemours carecía de resolución y de conocimientos militares, y ni sus capitanes le obedecían ni él sostenía debidamente á sus capitanes. El desorden reinaba en todas partes cuando Gonzalo, después de haber recibido socorros, reanudó la ofensiva. De Aubigny fué vencido en Seminara en abril de 1503, y Nemours en Cerignola el mismo mes; la rebelión se hizo general y los españoles entraron en Nápoles.

Sólo Gaeta les opuso resistencia. Los franceses habían reunido en aquella plaza una poderosa artillería y Pregent de Bidoulx recorría las aguas vecinas con seis carracas y cinco galeras, en las que había montado más de treinta piezas, con las cuales batía el campo de los españoles. Estos, por su parte, dispararon por espacio de nueve días seguidos contra la muralla hasta abrir en ella una brecha de 370 pasos. En vista de que faltaban víveres en la ciudad, Luis XII había hecho salir de Savona una flotilla para aprovisionarla; el capitán Conflans, que la mandaba, encontró la flota enemiga y trabó con ella furioso combate, durante el cual pudieron pasar los buques de socorro. Entonces los españoles levantaron el sitio.

Luis XII, en el entretanto, había hecho grandes esfuerzos para reparar sus anteriores fracasos, aprestando dos ejércitos, de los cuales el uno había de ir á socorrer á los franceses de Nápoles y el otro debía atacar á los españoles en el Rosellón. Este último fracasó en su empresa después de largas y crueles peripecias; el destinado á Nápoles parecía formidable, pues se componía de mil lanzas de caballería ligera y de una infantería que los datos más reducidos permiten calcular en seis mil hombres, y su mando había sido confiado á La Tremoille.

En el momento en que aquel ejército se aproximaba á Roma, la muerte de Alejandro VI, acaecida el 18 de agosto, abrió á las ambiciones de Jorge de Amboise la perspectiva que desde hacía tiempo vislumbraba. Al tener noticia de aquel suceso, Luis XII se apresuró á enviar á su amigo Jorge á Italia con doscientos arqueros de la guardia. El marqués de Mantua había recibido del rey cartas del tenor siguiente: «Os requiero para que hagáis enteramente todo cuanto por mi primo, el legado, se os ordenará, escribirá ó mandará hacer. Harto comprendéis el bien que á mí y á mi reino podría reportarnos el que hubiese en la Santa Sede un papa bueno y notable, amigo mío, y que guardase la razón á cada cual.» La Tremoille tenía orden de hacer permanecer en las inmediaciones de Roma el ejército que había de socorrer á Nápoles.

Fácil era, sin embargo, prever el fracaso de las ambi-

ciones de Amboise, pues además de la oposición de España y del emperador, los italianos, y particularmente los romanos, eran poco favorables á su propósito, y los partidarios de Sforza, numerosos todavía, se agitaban. El cardenal de la Róvere, que fingía lealtad á Francia, intrigaba en provecho propio. El conclave, al cabo de siete días de deliberación, se dividió entre varios candidatos; Jorge de Amboise, que había obtenido trece votos, desesperó de obtener mayoría y dió aquellos sufragios al cardenal de Siena, después de haber logrado la promesa de la legación de Francia y de Bretaña para él y del cardenalato para uno de sus sobrinos. De este modo fué elegido Pío III. Luis XII y Carlos de Amboise habían pactado previamente un convenio con César Borgia: ¡singular garantía y singular protector para un hombre de quien se afirmaba que quería la reforma de la Iglesia! Pío III, por otra parte, murió veinticinco días después de su elección.

Jorge de Amboise aquella vez renunció á presentarse candidato, porque el cardenal de la Róvere parecía como impuesto por el acuerdo de la gran mayoría de los cardenales. En efecto, la Róvere fué proclamado casi sin discusión con el nombre de Julio II, y por lo menos cumplió las promesas de su predecesor y las suyas propias, concediendo en el consistorio de 4 de diciembre, y á pesar de la vivísima oposición de la Cámara apostólica, al cardenal de Amboise la legación vitalicia en Francia y en el Venaissin. El día 8 de diciembre salía de Roma el legado, á quien acompañaron sus colegas hasta las puertas de la ciudad, no obstante la lluvia copiosa que caía: Jorge de Amboise no debía volver á la capital del mundo cristiano en donde había esperado reinar.

El ejército francés había permanecido tres meses en las inmediaciones de Roma sin ningún provecho para la candidatura de Jorge de Amboise y con gran perjuicio de los asuntos de Francia en el Estado napolitano. Para colmo de desgracias, La Tremoille cayó enfermo, y Luis XII hubo de confiar el mando de las tropas primeramente al marqués de Mantua y después al marqués de Saluces, ambos italianos.

Cuando en octubre llegaron los refuerzos á los franceses acampados en la orilla derecha del Garigliano, cerca de la embocadura, Gonzalo había tenido tiempo de concentrar en la orilla izquierda un ejército numeroso. Al principio llevaron ventaja los franceses, quizás á causa de su artillería, compuesta de nueve grandes cañones, dos culebrinas grandes, ocho medianas y diez falcones, servidos por «36 buenos artilleros.» Además, Pregent de Bidoulx dominaba la playa con sus buques y había mandado construir en el río un puente de barcas, junto al cual había reunido toda la artillería para oponerse á toda tentativa de paso por parte de los españoles. Estos habíanse situado en trincheras construídas un poco detrás del puente, y allí esperaban á los franceses, que sólo podían llegar hasta aquel sitio en pequeño número.

Las operaciones comenzaron por algunas escaramuzas: quince hombres de armas franceses, entre los cuales iba Bayardo, que para poder ser de los primeros no había tenido tiempo para armarse, pasaron el puente, seguidos de 300 ó 400 soldados y apoyados desde la retaguardia por 20 piezas de artillería que disparaban sin cesar; pero al llegar á la orilla opuesta se encontra-

ron en presencia de 1.200 infantes españoles y 300 hombres de armas y jinetes; y habiéndose visto obligados á retroceder, agrupáronse delante de la entrada del puente, en la margen izquierda, á fin de impedir que los enemigos se acercaran. Bayardo estaba en primera fila: su amigo Bellabre «le dijo con mucha dureza que se quitara de allí, por todos los diablos, y tiró de él con fuerza; pero de nada sirvió, porque no quiso marcharse.» A aquellas admirables proezas les faltaba algo, á saber, que fueran dirigidas y combinadas según una táctica; y así sucedió que Bayardo y los suyos, permaneciendo heroicamente en la orilla opuesta del río, impidieron á la artillería disparar sus piezas. En aquel punto, dos jefes del ejército, Jacobo de Sully y Luis de Hedouville, resolvieron suspender el combate, creyendo que no era tiempo oportuno de empeñar una batalla general; y empujando la espada pusieronse delante de los hombres de armas que obstruían las proximidades del río y les prohibieron, bajo pena de horca, que avanzaran. Entonces pudo funcionar la artillería de mar y tierra, y los españoles fueron rechazados y quedó por los franceses la cabeza del puente que Hedouville hizo fortificar.

Este curioso episodio demuestra claramente la diferencia, la contradicción entre el valor aventurero y las combinaciones más meditadas, fundadas en el empleo de nuevas fuerzas. Estas últimas prevalecieron al fin en aquella jornada, pero ¡cuán poco sabían servirse de ellas!

Después de aquella acción, los dos ejércitos estuvieron tres meses vigilándose mutuamente. Gonzalo, á pesar de los sufrimientos de sus soldados, declaró que conservaría sus posiciones hasta el último extremo: no tenía empeño en atacar á los franceses; bastábale con contenerlos. Obraba como un verdadero militar, porque la situación de sus adversarios era horrible: acampados en medio de pantanos y azotados constantemente por la lluvia, no tardaron en encontrarse en la mayor miseria: había hombre de armas que trajera consigo cuatro ó cinco caballos y sólo conservaba uno; y por encima de todo esto, iba acumulándose en aquel ejército el odio, especialmente contra los tesoreros, que no pagaban á las tropas ni se cuidaban de aprovisionarlas.

El 29 de diciembre fué preciso emprender la retirada á Gaeta. ¡Deplorable marcha! Los enfermos, los hombres de armas desmontados y los infantes dirigiéronse hacia aquella ciudad, mientras los hombres de armas que habían conservado un caballo eran agrupados para contener al enemigo. La artillería gruesa fué embarcada en el río; Pregent de Bidoulx había de recogerla en las galeras, pero el mar «estaba tan impetuoso que se le oía rugir á dos millas de distancia.» La flota, sorprendida por la tempestad, quedó desmantelada; Pregent de Bidoulx salvó su galera arrojando mil peligros, y la artillería se hundió entre las olas. En el entretanto continuaba penosamente la retirada del ejército: quince hombres de armas, escogidos entre los más enérgicos, habían sido designados para la vanguardia; entre ellos estaban Pedro de Bayardo, su amigo Bellabre y Pedro de Tardes, y con ellos iban como reserva el marqués de Saluces, Luis de Hedouville, La Fayette y 200 hombres de armas. «Los españoles acosaron vigorosamente á los quince de atrás, que llevaban la carga.» A Bayardo le mataron el caballo que montaba; el marqués de Saluces y el señor de Sandricourt acudieron en su auxilio y pu-

dieron salvarle. En la huida hubo rasgos de heroísmo admirables. Stuard de Aubigny, para socorrer á sus compañeros de armas, salió de Gaeta con todos los hombres casi válidos que pudo juntar y fué al encuentro de los españoles «para vivir ó morir allí al servicio del rey.» El último combate duró más de una hora, y en él hubo de cambiar Bayardo dos veces de caballo, muriendo al llegar á Gaeta el que lo condujo hasta la ciudad. Un hombre de armas, Bernardo Descenón, fué hecho prisionero llevando en la mano la espada «llena de sangre como un cuchillo de matarife;» Gonzalo, admirado de su valor, le pidió que entrara á servir al rey de España, pero Bernardo se negó á ello.

El ejército, una vez reunido en Gaeta, no se encontraba en mejor situación que antes, pues la plaza, aunque muy fuerte, carecía de víveres. Gonzalo, con su acostumbrada prudencia, juzgó inútil ponerle sitio y prefirió entrar en negociaciones, conviniéndose que los franceses entregarían la ciudad á condición de poder retirarse por mar, y que los españoles pondrían en libertad á los prisioneros hechos durante la campaña de 1503. Muchos franceses no habían de sobrevivir á tan terribles acontecimientos: una porción de jefes y de soldados murieron en Gaeta, Luis de Saluces en Génova, Bernardo Descenón en Lyon, y tantos otros más.

Luis de Ars, herido en el mes de abril en la batalla de Cerignola, habíase marchado á Venusa mientras el ejército se dirigía á Gaeta. Allí, en el fondo de la Pulla, en medio del país enemigo, vivió largos meses convertido en una especie de jefe de compañía ó de condottiero, combatiendo por su cuenta, pero también por su rey y por su señor feudal, ya que es al mismo tiempo «hombre» de Luis XII (en el sentido feudal) y «hombre» de Luis de Ligny, poseedor de tierras en la Pulla. Luis de Ars se fortificó en Venusa, llamó á su lado á los franceses dispersos, y después de haber reunido 600 infantes de todos los países y 200 jinetes ligeros, á quienes pagó de su bolsillo, resolvió defenderse (junio de 1503).

Un día, con su pequeña partida, dos cañones de grueso calibre y una gran culebrina, sale á campaña y se apodera de la ciudad de Andria; mas como ésta forma parte de los territorios que pertenecen á Ligny, no la saquea y se permite permanecer en ella tres semanas, hasta que se acaban los víveres. Otro día, habiendo sabido, pues en todas partes tenía espías, que los españoles han resuelto atacarle, se sirve hábilmente contra éstos de su escasa artillería y luego carga contra ellos con cinco de sus lugartenientes que mandan la caballería con Saint-Soudain, de Chaulx, du Breuil, le Groing y Montieux, tan «seguros que para morir no habrían dado un paso en falso;» y rompiendo las filas de sus enemigos, los persigue en una extensión de más de dos millas y los dispersa: «día y noche pensaba cómo podría derrotar á sus adversarios y causarles algún disgusto.» Había sido comprendido en la capitulación de Gaeta; pero se negó á aceptarla, diciendo que no había estado presente «en la ejecución del hecho, y que si los franceses se iban á tierra de seguridad para vivir tranquilamente, él permanecería en país de guerra para soportar trabajos.» Al fin, Luis XII le ordenó que renunciara á la lucha; orden que obedeció, atravesando con 400 hombres Italia y realizando una

